

CAPÍTULO XXIX

Juan II (el Grande) en Navarra y Aragón

DE 1425 Á 1479

Situación de Navarra á últimos del siglo XIV y principios del XV.—Doña Blanca y don Juan reyes de Navarra.—Conducta de don Juan: disgusto de los navarros.—Muerte de doña Blanca.—El príncipe don Carlos de Viana.—Bandos de Agramonteses y Biamonteses.—Casa el rey con doña Juana Enriquez de Castilla.—Odio y persecucion del rey y de la reina al príncipe Carlos: graves disturbios que produjo.—Sitios de Estella y Aibar: el príncipe prisionero de su padre.—Cómo y por qué fué puesto en libertad: su ida á Nápoles y Sicilia.—Cualidades y prendas del príncipe Carlos: su popularidad.—Vuelve á Mallorca y Cataluña: entusiasmo de los catalanes: niégale su padre el título de primogénito y sucesor del reino.—Prision de don Carlos: indignacion pública: sublévanse en su favor los catalanes: le rescatan: festéjanle en Barcelona.—Actitud de Cataluña: duras condiciones que imponen al rey don Juan de Aragón: tratado de Villafranca.—Muerte del príncipe de Viana: su índole, condicion é inmerecidos infortunios.—El infante don Fernando es jurado sucesor en los reinos de Aragón.—Guerra de diez años en Cataluña contra el rey don Juan.—Política de Luis XI de Francia.—La princesa doña Blanca de Navarra muere envenenada.—El conde y la condesa de Foix.—Animo varonil de la reina doña Juana de Aragón.—Los catalanes ofrecen la corona del Principado al rey de Francia, al de Castilla, á don Pedro de Portugal y al duque de Anjou, antes que someterse á su legítimo soberano.—Admirable obstinacion de los catalanes.—Muere la reina doña Juana.—El rey don Juan pierde la vista: cómo la recobró.—Famoso cerco de Barcelona: sométense los catalanes al rey, y con qué condiciones.—Recobra el rey don Juan el Rosellon y la Cerdaña que le tenia usurpados Luis XI.—Sitio de Perpiñan.—Entrada triunfal de don Juan II en Barcelona.—Muerte de don Juan II.—Cualidades de este monarca.—Estado en que dejó el reino de Navarra.—Doña Leonor, condesa de Foix.—Francisco Febo.

Aunque mucha parte de los hechos de este monarca, desde que fué proclamado rey de Navarra en union con doña Blanca su esposa hasta que heredó la corona de Aragón, los hemos referido ya en los capítulos correspondientes á los reinados de don Fernando I, de don Alfonso V de Aragón y de don Juan II de Castilla, por la intervencion que tuvo en las cosas de Sicilia, de Nápoles, de Aragón y de Castilla, menester es, antes de continuar la historia de la monarquía aragonesa bajo el gobierno de don Juan II, decir algunas palabras acerca de la situación del reino de Navarra y de la posición en que se hallaba este rey al tiempo que se unieron en su cabeza las dos coronas (1).

(1) El reinado de este don Juan II se divide naturalmente en dos partes ó períodos, uno en que fué rey de Navarra solamente (de 1425 á 1458), otro en que fué simultáneamente rey de Navarra y de Aragón (de 1458 á 1479), cuyos dos períodos forman un largo reinado de 54 años. La parte que tomó en todos los sucesos de Sicilia, de Aragón, de Castilla y de Nápoles durante los tres últimos reinados, ya como heredado en Castilla y súbdito de don Juan II, ya como infante de Aragón é hijo de don Fernando I, ya como auxiliar de su hermano Alfonso V en las guerras de Nápoles, ya como lugarteniente suyo en los reinos de Aragón, y al propio tiempo como rey de Navarra, hace que nos sean conocidos sus principales hechos anteriores á 1458, como embebidos en la historia de cada uno de estos reinados. Fáltanos considerarle como rey de Navarra antes de la citada época.

Debemos no obstante advertir sobre este punto, que en nuestro carácter de historiador general de España, y no de sus particulares reinos, ni podemos ni nos corresponde hacer en este capítulo una historia detenida del reino y del rey de Navarra hasta la reunion de las dos coronas para no incurrir en impertinentes repeticiones, cumpliéndonos solo apuntar lo relativo á aquel reino de que no hemos dado cuenta. El que desee mas circunstanciados pormenores acerca de Navarra en esta época, los hallará abundantes en Aleson, tom. IV de los Anales de Navarra: en Zurita, Anal. de Aragón, lib. XIII al XVII, y en las historias particulares de aquel reino.—Advertimos tambien, que en el segundo período de 1458 adelante, los sucesos que tengan directa relacion con Castilla los indicaremos aquí ligeramente, reservándonos darlos á conocer con mas detencion en el reinado de Enrique IV de Castilla, donde mas propiamente corresponden. Esta complicacion de relaciones entre los diferentes reinos de la Península, y esta simultaneidad de acontecimientos en un mismo reinado, unos de interés general para todos los reinos españoles, otros de influencia solo para uno de sus particulares Estados, es una de las circunstancias que hacen sobremanera difícil dar orden y claridad á la historia general de nuestra nacion.

Navarra, que durante cuatro reinados (de 1284 á 1328) habia sido como una provincia francesa, y que despues, aunque volvió á darse reyes propios (de 1328 á 1387), parecia mas mezclada en los intereses y en las intrigas de la Francia que en los de los demás reinos españoles, no habia suministrado en el reinado de Carlos el Noble (de 1387 á 1425) otros sucesos notables que los que hemos referido en los reinados correspondientes de Castilla y Aragón con que estuvieron enlazados. Habiendo muerto Carlos el Noble en 1425, recayó aquella corona en su hija doña Blanca, que viuda del rey don Martin de Sicilia habia casado en 1419 con don Juan, entonces infante de Aragón y súbdito de don Juan II de Castilla. En Olite, donde se hallaba doña Blanca, y en el campo de Tarazona donde se hallaba don Juan con su hermano el rey don Alfonso de Aragón, se alzó el pendon real de Navarra por don Juan y doña Blanca su mujer. Ocupado entonces don Juan con mas interés y mas ahinco del que le compitiera en los asuntos interiores de Castilla (2), y atendiendo mas á las cosas de este reino que á las del que estaba llamado á gobernar, era su esposa doña Blanca la que en realidad reinaba en Navarra por sí y en nombre de su marido. Cuando en 1428, á consecuencia de uno de los triunfos de don Alvaro de Luna sobre sus rivales, fué requerido don Juan de Navarra para que se alijase de aquel reino, entonces á su llegada á Pamplona se celebró solemnemente, con arreglo al fuero, el juramento y coronacion de los reyes don Juan y doña Blanca, diferido por ausencia del primero; y en el mismo dia (15 de mayo) fué reconocido y jurado sucesor del reino su hijo primogénito don Carlos (3), para quien habia sido instituido el título de príncipe de Viana, al modo del de príncipe de Asturias para los primogénitos de Castilla, y el de príncipe de Gerona para los hijos mayores de los reyes de Aragón (4).

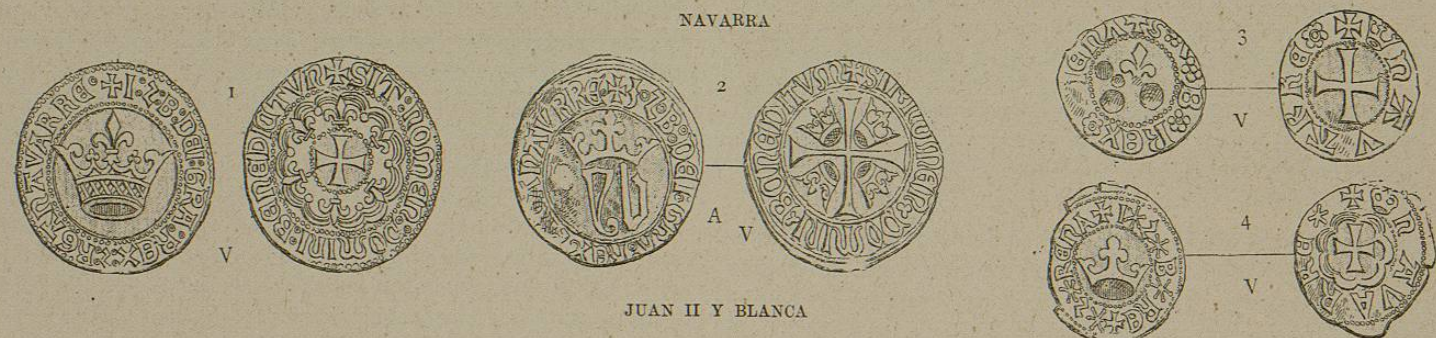
La conducta de don Juan y su continuo alejamiento del reino tenian altamente disgustados á doña Blanca y á los navarros. Las córtes le negaron los subsidios que solicitaba para la guerra que iba á emprender de nuevo contra Castilla; pero él, menospreciando el consejo y la decision de las córtes, vendió sus joyas y las de la reina, con cuyo acto y el empeño decidido de proseguir una guerra sin justicia ni provecho para el pais creció el descontento general del pueblo y de los principales ricos-hombres. Entretenido en las guerras de Castilla, de que en su lugar hemos dado cuenta, hasta la tregua de los cinco años, y despues de haber casado á su hija doña Leonor con Gaston, hijo primogénito del conde de Foix, el rey don Juan, dado á intervenir en los negocios de todos los reinos que no fuesen el suyo, pasó á Nápoles con el fin de ayudar á su hermano don Alfonso V de Aragón en la lucha que allá sostenia con la casa de Anjou sobre la posesion de aquel reino, quedando entre tanto los gobiernos de Navarra y de Aragón en manos de las dos reinas doña Blanca y doña Maria, que eran las que en ausencia de sus esposos negociaban la prolongacion de las treguas con Castilla (1435). Hemos visto al rey don Juan de Navarra caer, con sus hermanos, prisionero de los genoveses en las aguas de Ponza, y ser despues puesto en libertad por el generoso duque de Milan para venir á ejercer la lugartenencia de los reinos de Aragón y Valencia por su hermano don Alfonso, y la de Cataluña en ausencias de la reina doña Maria. Durante las alteraciones y las guerras y conciertos que luego se siguieron entre Aragón, Navarra y Castilla, se habia hecho el desgraciado matrimonio de su hija mayor doña Blanca con el príncipe de Asturias don Enrique, de que hablamos ya en otro lugar, y el del príncipe don Carlos de Viana con Ana, hija del difunto duque de Cleves, y sobrina del duque de Borgoña, Felipe el Bueno (1439).

(2) La parte activa que tomó don Juan en este tiempo y en los años siguientes, juntamente con sus hermanos don Alfonso, don Enrique y don Pedro, en todos los negocios y en todas las revueltas que agitaban la monarquía castellana, se puede ver en el cap. 27 de este libro.

(3) Habia nacido en Peñafiel (Castilla) á 29 de mayo de 1421.

(4) Tenian ya además otras dos hijas, doña Blanca, que nació en Olite en 1424, y fué jurada por las córtes sucesora del reino en defecto de su madre y de su hermano don Carlos, esposa repudiada que fué del infante don Enrique (despues Enrique IV) de Castilla; y doña Leonor, que nació en 1426, y casó muy joven con Gaston de Foix.

Así las cosas, la reina doña Blanca de Navarra, después de haber llenado con esmero, prudencia y acierto los deberes de esposa, de madre y de reina, falleció en Castilla (1441) yendo en romería al santuario de Nuestra Señora de Nieva. En su testamento, otorgado en Pamplona en 1439, instituyó heredero del reino de Navarra y del ducado de Nemours á su hijo el príncipe don Carlos de Viana, si bien rogándole que no tomase el título de rey sino con consentimiento de su padre, ó después de su muerte, disponiendo también que si el príncipe muriese sin sucesión le heredase doña Blanca, princesa de Asturias, y á falta suya la infanta doña Leonor condesa de Foix (1). Entonces el príncipe don Carlos tomó el gobierno del reino, titulándose lugarteniente del rey su padre (2), el cual continuaba actuando en todas las intrigas de Castilla, extraño á los negocios interiores de Navarra. Al poco tiempo casó el rey don Juan de segundas nupcias con la hija del almirante de Castilla doña Juana Enriquez, no solo sin trasferir el reino de Navarra al príncipe de Viana su hijo, sino sin darle parte siquiera de este segundo enlace: enlace que fué el principio y la causa de las largas disensiones de familia, del aborrecimiento y encono entre el padre y el hijo, y de los terribles desastres que nos resta referir. Joven, bella, altiva, sagaz y ambiciosa la nueva esposa del rey, pronto tomó sobre él un ascendiente funesto, y no tardó en mostrar un malquerer al hijo de su es-



ditarios; mas como viese el desprecio que su padre hacia de sus respetuosas representaciones, se decidió á sostener su derecho abiertamente con las armas, apoyado en el partido de los biamonteses, y protegido por los castellanos, que aprovecharon con avidez esta ocasion para atizar el fuego de la discordia en Navarra, y hacer pagar á aquel revoltoso rey su afán de entrometarse en los negocios interiores de Castilla. Acudieron, pues, el rey don Juan II de Castilla y el príncipe de Asturias don Enrique con ejército en ayuda de don Carlos. La reina se encerró en Estella, pocos meses después de haber dado á luz en la pequeña villa de Sos, en Aragon, un hijo que se llamó Fernando (10 de marzo, 1452), que por las circunstancias de su nacimiento, como hijo menor y de segundo matrimonio, nadie podia sospechar entonces que habia de suceder á su padre, y que habia de ser con el tiempo el gran rey don Fernando el Católico (3).

Noticioso el rey don Juan de hallarse la reina sitiada en Estella por el príncipe de Viana y los castellanos, voló furioso en su socorro desde Aragon; mas como viese que sus fuerzas eran inferiores á las de sus contrarios, se volvió á Zaragoza con objeto de aumentar su ejército. Engañados con esta retirada los sitiadores de Estella levantaron el cerco, y los castellanos regresaron á Burgos. Entonces don Juan se presentó de nuevo en Navarra con fuerzas mas numerosas, y puso sitio á Aibar, una de las villas de que se habia apoderado el príncipe su hijo. Acudió este en su socorro, y estando ya ambos ejércitos á la vista, trataron algunos varones respetables de conciliar al padre y al hijo. Accedió el príncipe bajo ciertas condiciones, y cuando ya estaban concertados, viéndose de frente y en orden de batalla, los hombres de uno y otro partido no pudieron reprimir los impetus de su saña y se precipitaron á la pelea. Pronto se hizo esta general, y aunque al principio parecia llevar ventaja las tropas del príncipe, fueron al fin derrotadas, quedando él prisionero de su padre, el cual le hizo encerrar en el castillo de Tafalla, y después en el de Monroy.

Partió el rey don Juan después de su triste triunfo á Zaragoza, donde halló la opinion de los aragoneses y de las mismas cortes interesada en favor de su hijo, hasta el punto de hacer proposiciones harto ventajosas para el príncipe, proposiciones que el rey ó negaba ó eludía, huyendo siempre de la reconciliacion. La ciudad de Pamplona, que estaba por los biamonteses, envió también sus embajadores á las cortes de Aragon para apoyar sus instancias en favor del príncipe Carlos, y tan general y tan vivo fué el interés que se manifestó por él, que el rey su padre condescendió á sacarle de la fortaleza de Monroy y que fuese llevado á Zaragoza para que allí las cortes mismas arreglasen sus diferencias. No sin graves dificultades se consiguió ajustar una especie de concordia, y que el príncipe fuese puesto en libertad, quedando en rehenes los jefes de la familia y partido de Beaumont (1453). Pero el encono de los bandos de Navarra, fomentado por la casa real de Castilla, hizo inútil é infructuoso aquel pacto (6), y el príncipe de Viana

(1) Archivo de la Corona de Aragon, Armar. de los Templarios, número 101.—Zurita, Anal. tom. III, p. 277 y 278.—Aleson, tom. VI, páginas 365 y 366.

(2) Por este tiempo, dice Yanguas, añadió á sus armas la empresa de un hueso que roían dos lebreles, con el mote *Utrumque roditur*, aludiendo á los reyes de Francia y Castilla, que cada uno por su parte le iban usurpando sus tierras.

(3) Alonso de Palencia, Crón. de Enrique IV.—Bernaldez, Hist. de los Reyes Católicos, cap. 8.—Zurita, Anal. lib. XVI, c. 7.—Lucio Maríneo anticipa, y Garibay retrasa el nacimiento de este príncipe.

(4) Ya en 1449 habia fallecido en Olite la princesa de Viana doña Ana de Cleves sin dejar sucesión.

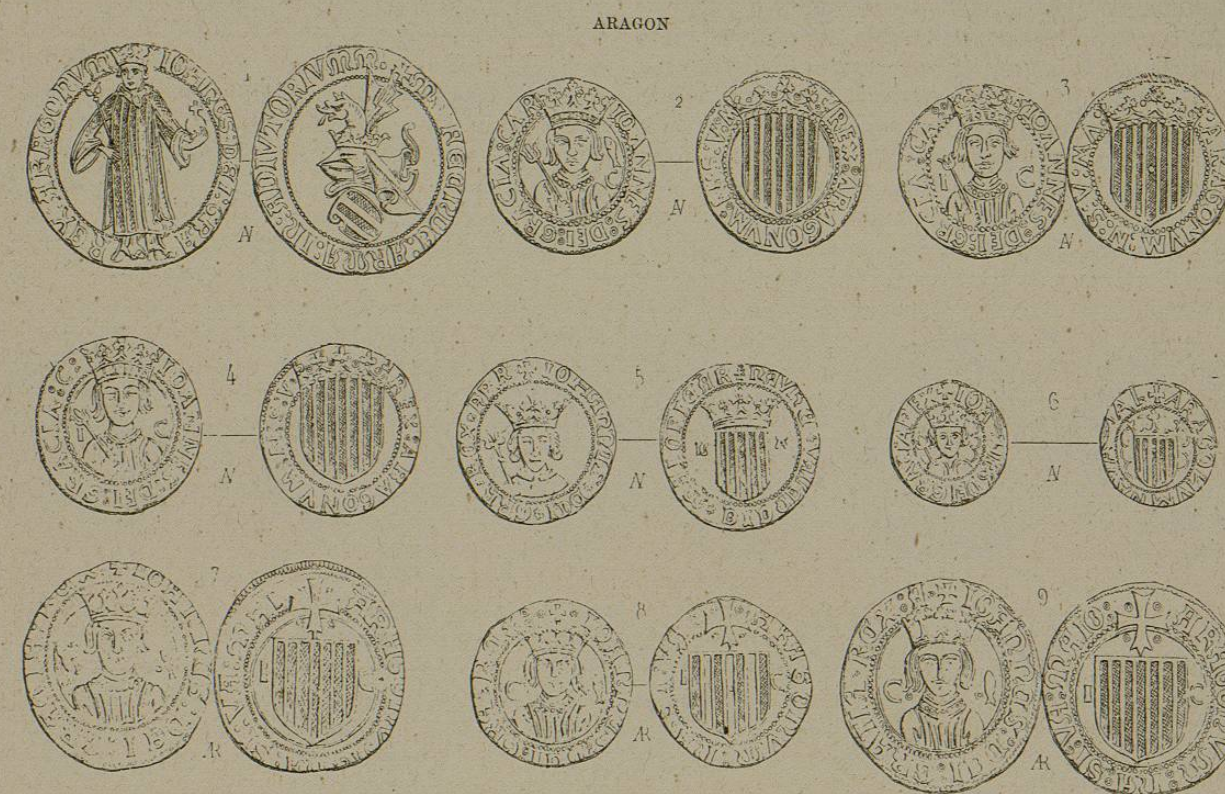
(5) El origen de estas dos célebres parcialidades fué la guerra que desde 1438 se hicieron entre sí los señores de Agramont y de Lusa en la baja Navarra, denominándose *Agramonteses* los que seguían al primero, y *Lusitanos* los que seguían al segundo, y también *Beaumonteses*, ó *Biamonteses*, del nombre de su caudillo Luis de Beaumont.

(6) Por este tiempo se ejecutó en Castilla el suplicio de don Alvaro de Luna, y entonces también repudió el príncipe de Asturias don Enrique á su esposa doña Blanca de Navarra y se la devolvió á su padre. Véase el cap. 27.

volvió á hallarse envuelto entre las facciones que despedazaban aquel desdichado reino. Otra tregua que se logró ajustaren 1455 quedó tan sin efecto como la primera por la exasperacion de los dos partidos, que comenzaron á hacerse mas encarnizada guerra que antes. Quejábase el rey de su hijo porque habia tomado la villa de Monreal, y no queria restituirla: estaban irritados el príncipe y los biamonteses con el rey porque se habia confederado con su yerno el conde de Foix, á quien habia ofrecido el reino de Navarra y el ducado de Nemours para después de sus dias. La guerra prosiguió, y la misma reina salió á campaña contra su entenado. La fortuna le fué también esta vez adversa al príncipe Carlos, y derrotado en una batalla cerca de Estella por las tropas de su padre, de su madrastra, y de su cuñado el conde de Foix, determinó abandonar la Navarra, y dejando el gobierno de la parte del reino que le obedecía á su canceller y capitán general don Juan de Beaumont, y el de los negocios de su casa á la princesa doña Blan-

ca, se dirigió por Francia á Nápoles á buscar un asilo y poner sus diferencias en manos de su tío el rey don Alfonso (1456), el cual le dió tan buena acogida, y le recibió tan benévola-mente como pudiera desear.

El rey don Alfonso de Aragon y de Nápoles envió á Rodrigo de Vidal con una carta para su hermano don Juan, su lugarteniente general en los reinos de España, exhortándole á la reconciliacion con su hijo. Mas llegó aquel enviado en ocasion que don Juan, habiendo celebrado cortes de sus parciales, los agramonteses de Estella (1457), habia desheredado no solo al príncipe don Carlos, sino también á su hermana mayor doña Blanca, que le era adicta, y declarado heredera del reino á la hermana menor doña Leonor y al conde de Foix su marido, parciales del rey. Por otra parte los representantes del partido biamontés, convocados á cortes en Pamplona por don Juan de Beaumont, proclamaban al príncipe Carlos rey de Navarra; lo cual déjase comprender cuántas turbaciones engendraria en



tan pequeño reino. Conociendo el príncipe que no era aquel el camino de llegar á la concordia que deseaba, desaprobó la conducta de los de su partido, y les recomendó y encargó que no le diesen título de rey; y escribió al propio tiempo al de Castilla su primo, que lo era ya Enrique IV, que cesase de fomentar la guerra de Navarra, puesto que tenia comprometidas sus diferencias en manos de su tío. Este generoso comportamiento del príncipe contrastaba con el de su padre, con el de la reina doña Juana, y con el de su hermana doña Leonor, condesa de Foix, que por todos los medios trabajaban por atraer á su partido al rey de Castilla, y esto se proponían en unas vistas que con él tuvieron entre Alfaro y Corella. A ellas asistió también don Juan de Beaumont por parte del príncipe, el cual propuso que las plazas de ambos partidos se pusiesen en poder del rey de Aragon hasta que este fallase en aquella discordia, mas esta proposicion fué desechada por el rey don Juan.

Visto por don Alfonso de Aragon y de Nápoles el ningun resultado de la embajada de Rodrigo Vidal, envió todavía á Luis Despuch, maestre de Montesa, y á don Juan de Hajar, ambos varones de gran autoridad y respeto, para que inclinasen y persuadiesen á su hermano don Juan á que encomendase á su celo y prudencia la decision amigable del pleito entre el padre y el hijo. Con harta repugnancia lo otorgó al fin el monarca navarro, por los compromisos que ya tenia con su yerno el conde de Foix, mas por último vino en ello, y hecha una tregua de seis meses cesó la guerra en Navarra, y se

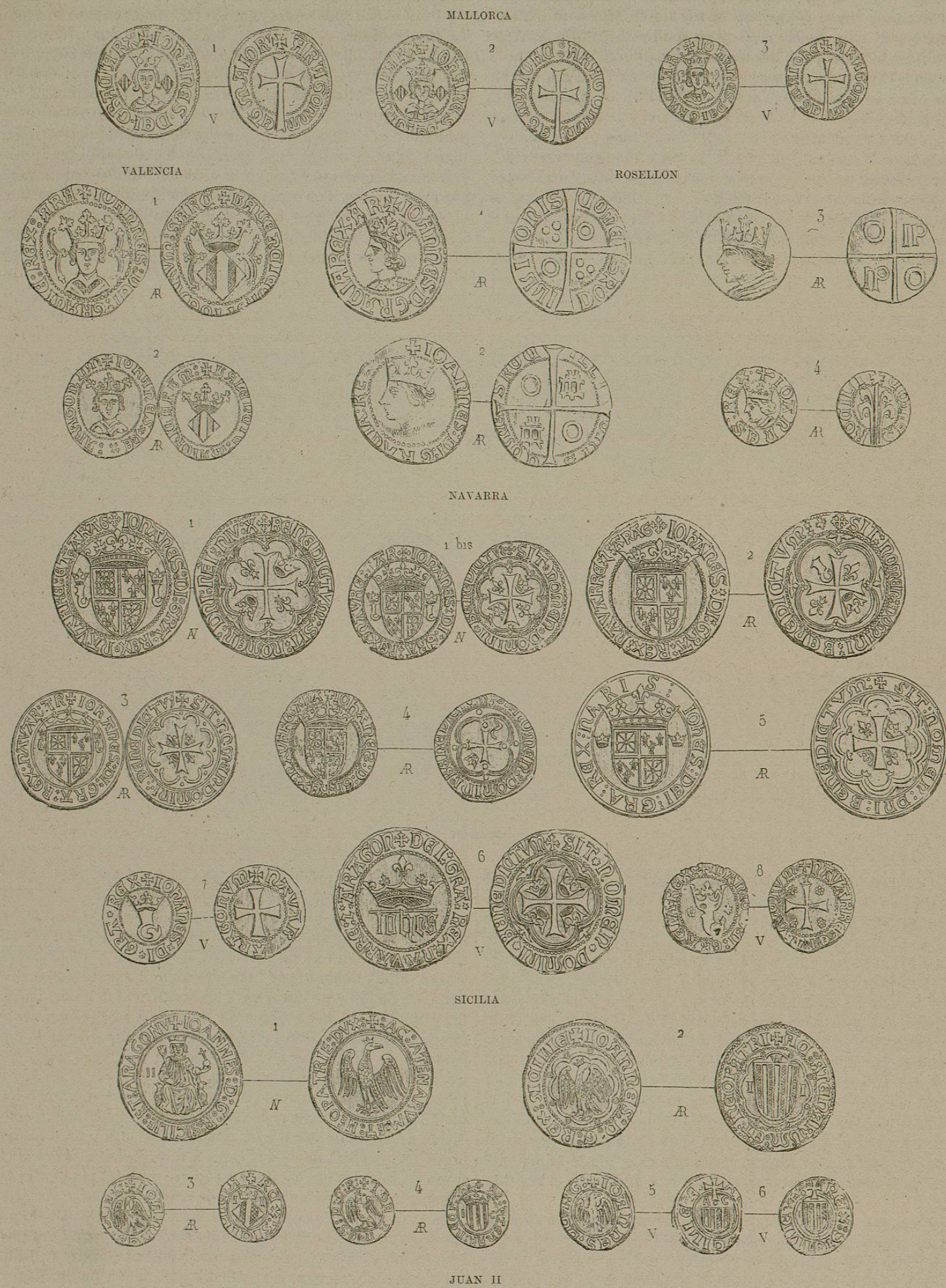
dió libertad á los prisioneros de una y otra parte, á excepcion de los rehenes puestos por el príncipe en Zaragoza.

En tal situacion, y cuando el príncipe de Viana se lisonjeaba de hacer respetar sus derechos bajo la proteccion del rey su tío, ocurrió la muerte de Alfonso V de Aragon y de Nápoles (mayo, 1458), dejando por heredero de todos sus reinos de España, de Sicilia y de Cerdeña, á su hermano don Juan, padre del príncipe, de los Estados de Nápoles á su hijo bastardo, aunque legitimado, don Fernando (1). El carácter amable del príncipe de Viana, sus cortesias modales, su instruccion, sus infortunios y la injusta persecucion de que era objeto por parte de su padre, habian inspirado un interés verdadero á los napolitanos y ganádole sus corazones. Por esto y por la condicion ambigua de Fernando, muchas ciudades y grandes señores le instaban de todas veras á que reclamase para sí el trono de Nápoles ofreciéndole su apoyo y el del pueblo. Pero el generoso príncipe navarro, ó por magnanimidad, ó por prudencia, ó por fiar poco en aquel pueblo versátil, no solo no admitió tan halagüeña proposicion, sino que por no dar celos á su primo pidió pasar á Sicilia para vivir en el retiro y alcanzar desde allí, si podia, la reconciliacion con su padre. El rey don Juan de Navarra y de Aragon tampoco disputó á su sobrino Fernando la herencia de Nápoles; y el papa Calixto III que acababa de aliarse con el duque de Milan Francisco Sforza

(1) Aquí comienza la segunda parte del reinado de don Juan II, desde ahora rey de Aragon y de Navarra.

para arrebatarle el trono, murió muy oportunamente para el hijo de Alfonso V. El papa Pio II se apresuró á otorgar á Fernando de Aragon la investidura de la corona de Nápoles (1).

Bien recibido el infortunado príncipe de Viana por los sicilianos, que conservaban gratos recuerdos de la reina doña Blanca su madre, se captó mas su amor y adhesión por sus



personales prendas, y los Estados de la isla le votaron un subsidio de veinticinco mil florines para sus gastos. Retirado don Carlos en un monasterio de benedictinos cerca de Mesina, vivía entregado á sus estudios favoritos de filosofía y de historia á que habia mostrado ya grande afición en Navarra, y que allí estimulaban mas el retiro, el trato con los ilustrados monjes

(1) Gianone, Hist. civil del reino de Nápoles.—Sunmonte, Hist. de la ciudad y reino de Nápoles, lib. V.—Aleson, Zurita, Abarca, en sus Anales de Navarra y de Aragon.

personales prendas, y los Estados de la isla le votaron un subsidio de veinticinco mil florines para sus gastos. Retirado don Carlos en un monasterio de benedictinos cerca de Mesina, vivía entregado á sus estudios favoritos de filosofía y de historia á que habia mostrado ya grande afición en Navarra, y que allí estimulaban mas el retiro, el trato con los ilustrados monjes

(1) Zurita, Anal. lib. XVII, cap. 2.—Abarca, Reyes de Aragon, don Juan II, cap. 2.—Aleson, Anal. de Navarra, tom. IV, p. 556.

ya la escogida librería del monasterio. Pero aquel recogimiento no bastó á librarle de los lazos del amor, que era otra de sus pasiones, y tuvo un hijo de una dama siciliana de singular hermosura, aunque de condición humilde, llamada Cappa, al cual se puso por nombre Juan Alfonso de Navarra (1). La popularidad de que el príncipe Carlos gozaba en Sicilia excitó los celos del rey don Juan su padre, á quien ni el tiempo, ni la distancia, ni las súplicas, ni el retiro habian enfriado el odio implacable hácia su hijo, y con mentidas promesas de reconciliación le invitó á venir á España, si bien probaba poco la sinceridad de sus ofertas el haber puesto por gobernadora de Navarra á la condesa de Foix. Movido, no obstante, el príncipe por esto y por las instancias de sus apasionados, determinó salir de Sicilia y se dirigió á la costa de Cataluña. Una orden de su padre le obligó á pasar á Mallorca (1459). Desde allí dirigió al rey una carta llena de sumisión y respeto, quejándose de que no le permitiese residir ni en Navarra ni en Sicilia, y rogándole entre otras cosas, que le entregase su principado de Viana sin los castillos; que estos y todos los de su obediencia se pudiesen en poder de aragoneses imparciales; que se diese libertad á sus rehenes; que el gobierno de Navarra se pusiese en manos de un aragonés ó catalán, removiendo de aquel cargo y haciendo salir del reino á la condesa de Foix doña Leonor su hermana, y que se restituyesen sus bienes y oficios á los partidarios del príncipe. Otorgó el rey don Juan tan solamente algunas de estas peticiones, y despues de largas negociaciones y tratos, deseando el príncipe á toda costa la reconciliación, hasta ofrecer á su padre la ciudad de Pamplona y todas las demás plazas que aun le obedecian, ajustóse al fin un tratado de concordia entre el padre y el hijo (26 de enero de 1460), en que se restituian á este las rentas del principado de Viana, se daba libertad á los rehenes con devolución de sus Estados, y se concedia un perdon general, pero quedaba el príncipe desterrado de Navarra y de Sicilia.

Sin esperar á ver su hijo partió el rey don Juan para Navarra, ya por atender á las cosas de aquel reino, ya con el fin de hacer una confederación secreta con algunos grandes de Castilla contra el rey Enrique IV. El sencillo príncipe de Viana, fiado en el pacto que acababa de hacer con su padre, sin aguardar su licencia y con harta repugnancia de los biamonteses, desembarcó en la playa de Barcelona, y se hospedó fuera de la ciudad en el monasterio de Valdoncellas. Preparábanle al día siguiente los barceloneses un suntuoso recibimiento con magnífico aparato á modo de los antiguos triunfos, pero el príncipe lo rehusó con mucha modestia y no entró por entonces en la ciudad. Desde el monasterio escribió á su padre dando por excusa de haber venido á Cataluña sin su licencia lo contrarios que eran á su salud los aires y el clima de Mallorca. Pero no acertando á ser ni culpable ni inocente sino á medias, trataba secretamente con el rey de Castilla, el cual, con el fin de neutralizar la liga que traslució haberse hecho contra él entre los grandes de su reino y el rey de Aragon y de Navarra, tenia interés en aliarse con el príncipe Carlos, y le ofrecia la mano de su hermana la infanta Isabel (2), para retraerle de casar con doña Catalina de Portugal, segun estaba tratado. El rey don Juan, á quien como padre desnaturalizado indignaban las demostraciones y testimonios de aprecio que en todas partes recibia su hijo, ordenó á los catalanes que no le diesen ni nombre, ni título, ni le hiciesen los honores de primogénito sin mandato suyo, y recelando de todo, dispuso apresuradamente su vuelta á Barcelona. Quería el príncipe hablar separadamente á la reina su madrastra, mas como ella mostrase poca voluntad de condescender á sus deseos, hubo de conformarse con ver á la reina y al rey juntos, saliendo á recibirlos á Igualada, donde se presentó á su padre en actitud reverente, le besó la mano y le pidió

perdon por las cosas en que pudiera haberle ofendido. Hizo lo mismo con la reina, y ambos le correspondieron con simuladas muestras de cariño y de benevolencia. Todos tres fueron recibidos en Barcelona con públicos festejos, creyendo haberse realizado la concordia y celebrándolo como el principio de una perpetua paz.

Creyendo en la sinceridad de esta reconciliación, esperaban todos que en las córtes convocadas aquel año por el rey en Fraga sería reconocido don Carlos como príncipe de Gerona y futuro heredero de la corona de Aragon, y que como tal se le prestaria el juramento de costumbre. Nada, sin embargo, estaba mas léjos de la intencion y propósito de aquel desamorado padre: él se hizo jurar como rey, é incorporó perpetuamente á la corona aragonesa los reinos de Sicilia y Cerdeña é islas adyacentes, estableciendo que estuviesen irrevocablemente unidos bajo un mismo cetro y dominio: mas cuando se pidió que hiciese el juramento de sucesion en favor del príncipe de Viana, negóse á ello abiertamente, y aun reprendió á los catalanes por haberle dado el título de heredero de la corona (3). Para mayor desgracia del príncipe llegó un emisario del almirante de Castilla, padre de la reina, con cartas para el rey en que le avisaba de las negociaciones que mediaban entre el de Viana y el monarca castellano, y principalmente del proyecto de su enlace con la infanta Isabel de Castilla. Esto era lo que sentian mas el rey y reina de Aragon; que entraba como objeto predilecto de sus planes el matrimonio de Isabel con su hijo menor Fernando. Con tal motivo, hallándose el rey don Juan en Lérida, donde celebraba córtes de catalanes, hizo llamar al príncipe. Indicáronle algunos el riesgo que corria, y aconsejábanle que no se presentase; entre ellos un médico del mismo rey, que dicen le advirtió que anduviese con cuidado, porque era de temer *le diesen algun bocado de muy mala digestion*. Pero determinado el príncipe á obedecer á su padre, acudió á su llamamiento y le besó muy respetuosamente la mano. El padre le hizo prender en el acto y encerrarle en un castillo.

La prision del príncipe Carlos produjo hondo disgusto y desagrado en todos los reinos de España y en todas las clases: llevola muy á mal el rey de Castilla, indignáronse los biamonteses y se irritaron los catalanes. Todo se temia de los artificios de la reina y del genio vengativo del rey. Las córtes de Lérida enviaron una comision protestando con arrogancia contra semejante procedimiento, y pidiendo la libertad del príncipe. Con igual objeto se presentó la diputacion permanente de Aragon y algunos comisionados de Barcelona. El rey dió á todos una respuesta poca satisfactoria sobre los motivos de la detencion de su hijo, añadiendo que al día siguiente pensaba llevarle consigo á Aytona. En el proceso que el rey mandó entonces formar contra el príncipe, hacíase cargo de haber sido inducido á matar al rey, ofreciéndose á darle favor para que lo ejecutase catalanes, aragoneses, valencianos y sicilianos: que tenia concertado irse secretamente á Castilla, y que para eso habia venido gente de aquel reino á la frontera. Aunque sobre estos capítulos se recibieron informaciones, ninguno de los extremos pudo probarse. Y como todos estaban persuadidos de la inocencia del príncipe y era por sus prendas y por su bondad tan generalmente estimado y querido, todo el reino se puso en conmocion, los catalanes tomaron las armas, formaron su ejército y nombraron sus capitanes: en Barcelona sacaron la bandera real y el estandarte de la diputacion: el gobernador, que habia salido huyendo, fué preso en Molins de Rey; las tropas y la gente sublevada se dirigieron á Lérida con resolucion de apoderarse de la persona del rey don Juan, el cual, aunque al pronto aparentó serenidad, tomó luego el partido de huir de noche á caballo con uno ó dos de sus servidores solamente camino de Fraga, donde la reina tenia en su poder al príncipe. Entró en Lérida la gente tumultuada, corrió furiosamente las calles, penetró en el palacio real, y recorrió y registró los aposentos haciendo pedazos con las lanzas y espadas todo el menaje. Desde allí prosiguieron á Fraga en pos del rey fugitivo, dándole apenas tiem-

(1) Vino á ser con el tiempo abad de San Juan de la Peña y obispo de Huesca. Ya en Navarra habia tenido otro hijo y una hija, habido el primero de doña Brianda de Vaca, y la segunda de doña María de Armendariz. Aquel, llamado Felipe, conde de Beaufort, fué despues maestro de Montesa, y murió en Baeza peleando contra los moros, al servicio de don Fernando el Católico.
(2) La que despues fué reina Católica.
(3) Zurita, Anal. lib. XVII, cap. 2.—Abarca, Reyes de Aragon, don Juan II, cap. 2.—Aleson, Anal. de Navarra, tom. IV, p. 556.